ABC 17 febr. 1959

99

51

655

I LOVE MR. DULLES

A mi amigo Rod O'Connor, que ahora anda volando los cielos de California, le oí contar el jolgorio que se produjo en el Copacabana neoyorkino la noche en que la pelirroja Nancy Hobson estrenó una cancioncilla cuyo estribillo era justamente la frase que sirve de cabecera a mi artículo: Yo amo a Mister Dulles.

Parece que una de las primeras felicitaciones que recibió—de bien nacidos es la gratitud—fué del propio Mr. Dulles, al que la idea de que una chica guapa se declarase espontáneamente enamorada de él—y lo que es casi tan importante—, con publicidad, le rejuvenecía y le enajenaba.

Las causas de ese súbito amor—si es que el amor las exige—figuran expuestas, sin duda alguna, en el texto de la canción, pero, como lo desconozco, no me encuentro en condiciones de saber hasta qué punto son convincentes. Claro que, además, analizarlas sería una impertinencia y una terrible indelicadeza de mi parte.

Si aludo a la tal cancioncilla es porque hoy, justamente hoy, cuando Mr. Foster Dulles lucha por su supervivencia en Walter Reed, toda persona como es debido ha de pensar en él con simpatía y alegrarse de que una muchacha faldicorta y generosa de formas haya cantado, desde el micrófono de una "boite", su pasión por el secretario de Estado americano.

No es éste, naturalmente, el momento de juzgar los aciertos o desaciertos de su política, ni yo el llamado a hacerlo. Mi simpatía excluye toda clase de opiniones sobre su gestión, y se limita al elogio de su conducta de hombre.

Yo admiro la absoluta entrega a su tarea que significa el hecho de que haya cruzado el Atlántico, herido ya gravemente, se haya consagrado a difíciles y peligrosos debates a lo largo de horas y horas y desde el aeropuerto mismo haya ido a rendir su fatiga de anciano y enfermo en el quirófano inmediato.

Vivimos tiempos que conceden a la juventud una participación más activa que nunca en las tareas y responsabilidades del mando. Probablemente esa exhaustiva y augusta misión de gobernar exige cada vez mayores dotes físicas que sirvan de basamento a las meramente intelectuales. Nunca el mundo ha necesitado de manos más firmes, de corazones más templados y serenos, de nervios más finos y sensibles en sus regidores. Talento aparte, esas virtudes son potencial de juventud y de madurez que, a ciertas edades, palidecen.

Pese a ello, figuras como la de Churchill, en su momento; como la de Adenauer, como la de Foster Dulles, dan pruebas de una solidez, de una eficacia admirable. Y, sobre todo, de una vocación y de un espíritu de sacrificio sin tasa.

Quince minutos antes de la anestesia, quince minutos antes de sufrir en su propia carne la incisión del cirujano, Foster Dulles ha recordado otra intervención hecha sobre la delicada piel de Europa, no con bisturí, sino con navaja cabritera, y sin calmantes. Aquélla por virtud de la cual, al mundo libre, de resultas de un impúdico tajo, le mutilaron Letonia, Lituania y Estonia. Tremendo aniversario. Stalin se llamaba el carnicero.

Cuando un enfermo entra en Walter Reed corta sus amarras con la calle. Parientes y amigos quedan extramuros de la entrada y es muy difícil que la traspasen. Estos sanatorios nuestros, con tertulias junto a los agonizantes, tresillo o canasta para los que convalecen, esquiroles de la intimidad que sacan el pescuezo por la puerta y ven qué cara ponen cuarenta grados, con timbres trepanadores, vocerío y guirigay de pasillos, con teléfono en la cabecera que informa de cómo van los partidos de la Liga, serían allí inconcebibles.

No es que hayan de alterarse las normas de aislamiento establecidas para que el secretario americano sepa lo que dice la U. R. S. S. de su "remember". No, no valdría la pena. Lo sabe ya. En el fondo estas finas diplomáticas hacen las delicias de Kruschef y sus adláteres: estoy seguro. Kruschef se habrá apretado los ijares, divertidísimo, igual que siempre. Para lo que yo solicito que se atenúe la severidad del sanatorio en el que un bravo septuagenario juega una partida difícil con la muerte es para que, si la temperatura no es mucha, le dejen oír, tamizada y a distancia, alguna emisora amiga en la que se radie "I love Mister Dulles".

Fué aquella conciencilla la alegre e intrascendente broma de una animadora simpática, una cuchufleta jovial, una melodía chulona y de golfillo, que hoy corean en honor de un hombre limpio y digno muchas buenas gentes. Entre otras causas porque Mr. Dulles ha dicho que Berlín bien vale una guerra. Lo cual es bastante para que no haya guerra y para que Berlín se gane.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española